
El futuro de España

EN LA CLAUSURA DEL XI CONGRESO NACIONAL
DEL PARTIDO POPULAR
PALACIO DE EXPOSICIONES Y CONGRESOS
MADRID, 7 DE ENERO DE 1993

Señoras y señores, queridos compañeros, queridos amigos: hace tres años, en Sevilla, me dirigía a vosotros para compartir el mensaje de esperanza que este partido, que ha hecho suyas las aspiraciones profundas de muchos y variados sectores de nuestra sociedad, quería transmitir a los españoles.

Han pasado tres años y ya estamos recogiendo el fruto de aquel llamamiento, que culminaba una tarea entusiasta de mucho tiempo. A ella se continúan sumando cuantos creen indispensable, para la buena salud de nuestra democracia, no sólo la alternancia en el Gobierno de equipos y programas diferentes sino, en este momento, poner fin a la ineficacia socialista.

Hay una confianza creciente en nuestro proyecto. No hace falta que nos lo diga nadie, ni que se nos explique a través de encuestas. Lo sabe todo el país. Lo saben nuestros

adversarios socialistas, que se empeñan en descalificarnos. El clima de este congreso, por cuyos trabajos y aciertos os felicito y me felicito, no hace sino confirmar que avanzamos en la buena dirección. Cada día hay más españoles convencidos de que la única salida política a la difícil situación en que nos encontramos pasa por el Partido Popular.

Por eso hoy vengo a hablaros del futuro de España.

No es éste un momento para el triunfalismo, sino para la exigencia. En el Partido Popular sabemos adónde vamos y lo que queremos. Hemos articulado un proyecto que es la verdadera alternativa para el gobierno de España. Y como hombre del Partido Popular, tengo que proclamar en voz muy alta el orgullo de sentirme uno más aquí, entre vosotros, al encarar ese futuro de esperanza, ahora que las cosas van a cambiar porque el pueblo español quiere una profunda renovación de la política nacional.

El cambio es una necesidad. Está por encima de la derecha y la izquierda.

¿No sentís el estímulo de quienes esperan, con nosotros, una nueva mayoría? Es evidente la demanda de cambio. España necesita otro gobierno. Problemas como el intolerable nivel de paro, el desánimo generalizado, el clima de corrupción, no los pueden resolver los mismos que los han creado.

¿Sabéis lo que hacen los que van a perder? Plantean cuestiones que dividen a la nación. Apelan al miedo y no a la esperanza. En lugar de hablar del paro, de la droga, de la seguridad ciudadana o de la corrupción, donde los datos les delatan, prefieren ensuciar para distraer la atención.

Insisto en que no es una cuestión entre la derecha y la izquierda. Es la lucha entre el pasado y el futuro, entre la esperanza y el miedo, entre la unidad y la división.

En las próximas elecciones la disyuntiva va a ser bien simple: continuismo o renovación. O España sigue deslizándose por una pendiente de decadencia o enderezamos entre todos su rumbo. Nosotros sabemos que nuestra obligación es cambiar el actual estado de cosas. Eso es lo que nos piden los españoles. Y eso es lo que vamos a hacer.

Continuismo o renovación. No es otra la opción. El Partido Socialista sólo puede ofrecer la continuidad de sus modos de gobierno, de sus programas, del uso abusivo que ha venido haciendo del poder. Sólo puede ofrecer más de lo mismo. El Partido Popular quiere ser el instrumento de los cambios y reformas que es necesario impulsar en los años noventa para que España recupere todas sus capacidades, sus viejos anhelos y sus objetivos como nación.

Para ello, el Partido Popular, que tiene sedes y hombres en toda la geografía española, ofrece a todos los españoles un programa nacional, compatible con las aspiraciones de todos. Un programa capaz de aglutinar las propuestas regionales, legítimas en su diversidad, con la necesidad de vertebrar un proyecto común, compartido, nacional. Porque somos un partido para toda España y para todos los españoles.

Quiero hacer, desde aquí, un llamamiento cordial a cuantos, como nosotros, creen en la libertad, en la economía de mercado, en los valores humanistas y en el espíritu conciliador con que se alumbró nuestra democracia. Hago un llamamiento a todos los grupos políticos y sectores afines para que sean conscientes de la enorme responsabilidad histórica que tenemos ante nosotros. No es el momento de los particularismos, sino de la integración generosa. El Partido Popular ofrece una política de conjunción de esfuerzos con la finalidad de pensar en el futuro de España.

España sabe que en el Partido Popular tiene un partido de gobierno:

:

- Porque es gobierno en muchos municipios, provincias y comunidades autónomas.
- Porque en las grandes cuestiones políticas ha sabido dónde estaba el interés de España y ha actuado en consecuencia: ya sea la lucha anti-terrorista, el pacto autonómico, la reforma de la Constitución, la ley del servicio militar o la política exterior.

- Porque a través del Partido Popular Europeo está contribuyendo a hacer Europa, con los partidos homólogos, que gobiernan en la mayoría de los Estados comunitarios.
- Porque está preparado, con programas y personas, para gobernar España.

¿Cuáles son los problemas de España en este momento? Los hemos analizado aquí en profundidad estos días. Como dijo Ortega en tiempos más inciertos, reconocer la verdad no es nunca un acto pesimista, y negar la realidad de nuestra situación no podría ser nunca verdadero optimismo, sino una falsedad.

Por eso queremos hacer un ejercicio de realismo al analizar nuestros problemas, que son, básicamente, dos: la crisis económica y la crisis de confianza. Éstos son los dos grandes retos de esta hora de España. No pueden abordarse por separado y no se puede ganar el uno sin el otro. Tenemos que superar la crisis económica y hay que recuperar la confianza nacional.

Porque, siendo grave la situación económica, la situación política y moral lo es tanto o aún más. Los problemas económicos nunca empiezan con la economía y sus soluciones brotan de la seguridad que los pueblos tienen en sí mismos y de la bondad de las políticas que se apliquen. Y es notorio que en España llevamos mucho tiempo haciendo mal lo que puede hacerse bien. Retrocediendo donde hay que avanzar.

Los problemas económicos han de ser abordados con fórmulas que exceden de la pura economía. Sin confianza en lo que se hace, sin solidaridad y sin el esfuerzo de todos, cualquier medida técnica será insuficiente. Para enderezar la situación económica hacen falta convicciones políticas.

Hay una izquierda avergonzada que pretende perpetuarse en el poder a base de miedo y de mantener secuestrado el voto de aquéllos a quienes se asusta con espantajos como la pérdida de la pensión o el recorte del seguro de desempleo.

Para nosotros, la política siempre ha sido algo más que ganar el poder. Se trata de servir a España y a los españoles.

No hay nada que, siendo malo para España, pueda ser bueno para el Partido Popular.

Hay quienes han querido una España para los socialistas. Nosotros queremos una España para todos los españoles.

Por eso, nadie tiene que temer nada de nuestra llegada al Gobierno: no vamos a discriminar, no vamos a hacer exclusiones como las que se han hecho, ni vamos a repartirnos el Estado para nuestros amigos. No se va a derribar lo que está bien por el solo hecho de que no se nos haya ocurrido a nosotros. Queremos el bienestar, la libertad y el progreso para todos, y a todos llamamos para colaborar en un proyecto que con todos cuenta.

Queridos amigos: todos percibís a diario este deseo de renovación. Y, ¿qué hacen nuestros adversarios políticos para combatir la creciente exigencia de regenerar la vida pública? Aferrarse al poder y obstinarse en descalificar la alternativa.

Por fortuna, nuestro sistema político es una democracia pluralista, y nos permite, sin traumas, sin ningún riesgo, cambiar de Gobierno. En el sistema democrático no hay sitio para la resignación. No hay que aceptar como inevitable la continuidad de un poder agotado.

La nueva etapa exige un clima de ilusión colectiva basado en valores compartidos y en objetivos alcanzables. España necesita, sin duda, muchas cosas. Pero, sobre todo, un proyecto nacional, una ilusión renovada, una ambición que nos reconcilie con lo que hacemos y nos devuelva la confianza. Y digo ambición porque hemos pasado una época en la que, con palabras de Unamuno, en España ha habido sobra de codicia y falta de ambición.

¿ Superada la transición política, que abrió plenamente las puertas a una democracia plural y participativa, algunas de nuestras esperanzas más firmes han sido sepultadas tras el naufragio del gobierno socialista. Y nosotros venimos hoy aquí a decir ¡basta! y a hablar del futuro de España.

Ese futuro pasa, necesariamente, por la recuperación del sentido de esta palabra, España, que agrupa las posibilidades de todo un pueblo. España no es solo un sentimiento que viene de atrás y una historia que hemos hecho entre todos.

Es algo que tiene que proyectarse hacia un mañana más armónico, más seguro y esperanzado, más abierto y más solidario. Es, sencillamente, un futuro mejor.

España tiene que ser suma y síntesis. Municipios habitables, provincias equilibradas, autonomías prósperas y responsables. Un todo de trabajos y esfuerzos que animen a la integración y aseguren el bienestar.

¿Cómo aspirar a contar en el mundo actual con políticas de campanario y de cortas miras? No podremos potenciar nuestro papel en Europa si convertimos las discrepancias en barricadas. Nuestra proyección hacia el exterior tiene que empezar, ineludiblemente, con una mirada hacia dentro, hacia nosotros mismos, hacia lo que, todos juntos, hemos de hacer por encima de la singularidad de cada uno.

Asistiremos al enfrentamiento entre regiones ricas y pobres si no sabemos transmitir a todas ellas el convencimiento profundo de que forman parte de una realidad común. Sólo con un proyecto solidario es posible afrontar, mediante el diálogo y la negociación, cualquier cuestión, por conflictiva que parezca, desde el uso de las aguas hasta la recaudación de los impuestos.

Ortega nos enseñó que la patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber. Y que hay dos formas de patriotismo: una, mirar la patria como el legado del pasado; otra, considerarla, no la tierra de los padres, sino la de los hijos. Para nosotros, la patria es ambas cosas: pasado y futuro. Por eso, nuestra propuesta política arranca de la recuperación de la idea de España que, a veces, parece dormida y de la seguridad en la capacidad de los españoles.

De este sentido nacional deriva nuestro compromiso con las instituciones. Hemos de recuperar, ante todo, el papel central del Parlamento. Diez años de intransigente mayoría absoluta le han privado de diálogo y de eficacia. Las Cámaras deben ejercer el control con menos trabas y con más juego limpio. Para ello, la presencia del Gobierno y de su presidente es esencial. Si el pueblo español nos otorga su confianza me comprometo a someterme al control habitual del Congreso de los Diputados.

El Partido Popular, con mayoría, reiterará las reformas legislativas y reglamentarias que hoy propone siendo oposición, y que son imprescindibles para que las Cortes cumplan eficazmente con la misión que tienen encomendada. En esto, como en lo demás, no tenemos un doble lenguaje, uno para prometer desde la oposición y otro para incumplir desde el Gobierno.

Esta revitalización de nuestra democracia debe incluir, con conciencia de la gravedad del problema, la recuperación del prestigio de la política, como actividad al servicio del interés general. Ello sólo será posible si los españoles perciben que las instituciones funcionan y que la conducta de los políticos es ejemplar.

Nuestro programa incluirá, en consecuencia, un nuevo sistema de financiación de los partidos políticos, que ha de basarse en que su sostén fundamental sea la propia sociedad, a través de fórmulas transparentes.

Tenemos que acabar definitivamente con este clima de sospecha, que se alimenta de escándalos, de prácticas corruptas y de irregularidades en la gestión de los caudales públicos. Para ello, propondré un código ético aplicable a la vida política, con incompatibilidades bien fundadas mientras se ocupe un cargo público y que impida prevalerse del mismo cuando se vuelva a la vida privada.

Tenemos necesidad de hablar de ética porque se ha hablado mucho en España, en estos últimos tiempos, de corrupción. La lucha contra la corrupción no es sólo una obligación moral, sino un elemento esencial para la revitalización de la democracia. No basta con atajar los casos concretos, que han hecho de la crónica política una alarmante reseña de escándalos. Hay que adoptar medidas contundentes para erradicar esta lacra: desde la modificación de la ley presupuestaria y de las normas de contratación en el sector público, hasta el control de la privatización de empresas, y una nueva normativa más rigurosa sobre las responsabilidades de los altos cargos. Todas estas normas elementales, que se ha negado a aceptar, sistemáticamente, el Partido Socialista cada vez que las hemos presentado en

las Cortes, constituyen un compromiso ineludible de nuestra política.

Confiamos en los funcionarios públicos, en su capacidad y en su entrega. Quienes han resistido la arbitrariedad de estos años y los cambios precipitados a que se han visto sometidos, son una garantía para lograr la recuperación que la sociedad exige. Estamos seguros de su conducta ejemplar y su firme decisión de ganar esta batalla, que lo es de todos los españoles.

La revitalización de la democracia exige también un escrupuloso respecto al Poder Judicial como pilar esencial del Estado de derecho. Un Gobierno responsable no está para agredir a los jueces, sino para respaldarlos moralmente y dotarles de medios con los que cumplir su misión. Las previsiones constitucionales en materia de autogobierno y de independencia de la función judicial se desarrollarán en su plenitud.

Y al hacer el catálogo de nuestras preocupaciones, junto a la recuperación del sentido nacional y la revitalización de la democracia, no podemos olvidarnos de la necesidad de fortalecer la vigencia y el ejercicio de las libertades, que tan generosamente reconoció la Constitución, y que estos años se han visto constreñidas por la interpretación siempre restrictiva que de ellas ha hecho el Partido Socialista.

No tengo que explicaros que el Partido Popular es el partido de las libertades. Nosotros creemos en la libertad, pero la libertad es indivisible. No podemos aceptar que se consideren incompatibles el orden y la libertad. Por eso nos opusimos a la Ley de seguridad ciudadana. ¿De qué sirve la patada en la puerta en busca de droga, si las leyes que el Gobierno se ha negado a cambiar permiten a peligrosos delincuentes salir de permiso el fin de semana? ¿No es más importante que los terroristas cumplan íntegramente sus penas que la obsesión por el carné de identidad?

La reforma del Código penal, que necesita consenso y serenidad en el debate, debe de ser aprovechada para devolver la tranquilidad a los ciudadanos, evitar tentaciones autoritarias, como las que se proyectan en materia de difamación. En una palabra, hay que articular un texto que sea un

instrumento decisivo en la defensa de los derechos y las libertades de los españoles. La seguridad ciudadana requiere eficacia policial, pero también confianza en la libertad y autoridad moral en los gobernantes.

Es evidente que hay dos formas de ejercer el poder: una que desconfía de la sociedad y otra que se apoya en ella. El Partido Socialista ha ejercido el poder con la óptica de la desconfianza, recelando y debilitando sólidas instituciones sociales, inventando controles perturbadores, poniendo toda clase de trabas a la iniciativa y a la espontaneidad. Nosotros, en cambio, creemos en la mayoría de edad de los españoles. El futuro de España sólo puede construirse con la máxima confianza en la sociedad, en sus instituciones, en sus grupos y en sus iniciativas. Los españoles no podemos vivir permanentemente bajo sospecha.

Y como vengo a hablar del futuro de España, tengo que hablaros de la crisis económica, que hoy nos angustia, pero a la que vamos a enfrentarnos con toda energía, para garantizar la seguridad y el bienestar de los españoles.

¿Se me permite que recuerde que el Partido Socialista ha desperdiciado lamentablemente los años de bonanza económica, sin crear las condiciones que hubieran mitigado la actual tendencia negativa de la economía? ¿Se considera una irresponsabilidad decir que el fin de fiesta del año 92, una conmemoración de la que en tantos momentos nos hemos sentido orgullosos, se ha convertido en un despertar incómodo por una condenable imprevisión?

Si encaramos 1993 con el sentimiento de lo que pudo ser y no fue, en toda su plenitud, 1992, no es porque nos guste flagelarnos, sino porque tenemos que ser críticos con la realidad del país. Un pueblo que gana medallas olímpicas, como España lo ha hecho en Barcelona, tiene que ganar trofeos en la disputa tenaz, abnegada y silenciosa del trabajo cotidiano.

Fue Eugenio d'Ors el que nos enseñó que de todo lo que nos será contado quedará, únicamente, la obra bien hecha. En 1992, el año del V Centenario, de las Olimpiadas, de la Expo, del Madrid cultural, ha tenido muchas obras bien hechas que merecen ser contadas. Pero ha dejado una

estela preocupante de mala política económica, de derroches innecesarios, de improvisación y de ineficacia. Cambiar el signo adverso de esa política será la tarea difícil que espera al Partido Popular, y deberá hacerse en dos direcciones complementarias: la de la política económica y la de la política social.

Generar empleo suficiente sigue siendo, a estas alturas del siglo XX, el gran reto de la economía española. Para que pueda crearse en los próximos años todo el empleo que España necesita se requiere un esfuerzo colectivo de dimensiones extraordinarias. No hay recetas infalibles ni fórmulas mágicas. Pero hay unas normas de sentido común: no gastar más de lo que se tiene, fomentar el ahorro, aumentar la inversión, esforzarse a diario, mejorar la calidad, en suma, la ética del trabajo bien hecho.

Es este un compromiso que puede parecer prosaico después de que se haya presentado al país, en esta década, como paradigma de éxito, el enriquecimiento especulativo y rápido. Tiene que hacerse evidente para todos que la solución de nuestros problemas económicos como nación, y la seguridad y el bienestar de cada uno de nosotros dependerán de lo que los españoles sepamos y seamos capaces de hacer.

Un proyecto nacional para España es un proyecto europeo. Ese es nuestro sitio natural. España tiene que estar en la Comunidad Europea asumiendo los compromisos que ello comporta, pero defendiendo el interés nacional y los propios puntos de vista, conscientes de que la nuestra es una de las grandes naciones que han construido Europa.

El Gobierno ha intentado hacernos creer que la principal ventaja de la pertenencia de España a la Comunidad es que la solidaridad europea proporcionará los fondos para que el nivel de vida de los españoles se acerque al de los países más ricos de Europa. Pero lo cierto es que nuestros socios comunitarios no son los responsables del atraso relativo que padecemos.

Desde el punto de vista económico, la principal ventaja, que es al mismo tiempo un gran desafío, de la incorporación a la Comunidad, consiste en poner a la sociedad española

en obligación de competir, con las posibilidades y la disciplina que impone un mercado libre.

No tenemos que esperar a que Europa nos arregle nuestros problemas, entre otras cosas porque esa Europa de subsidios y subvenciones, en la que han querido hacernos creer, es imposible y no existe en parte alguna.

El debate sobre la situación económica de España y la búsqueda de soluciones para salir de la crisis tiene que ir mas allá de las necesarias medidas de disciplina presupuestaria y de control de la inflación que permitan la reducción de los tipos de interés, el déficit público y el déficit exterior. Hay que preguntarse cuáles son las condiciones necesarias para un crecimiento a largo plazo.

La competitividad en una economía abierta y el atractivo de nuestro país para los inversores nacionales y extranjeros estará en función de la preparación de trabajadores, profesionales y técnicos, de la eficacia de los servicios públicos y de la calidad de las infraestructuras y del medio ambiente. Porque política económica es también política de infraestructuras, de comunicaciones y de transportes, política educativa, científica y de investigación, política de vivienda, política de medio ambiente...

Las naciones no prosperan sacrificando calidad de vida en el futuro a cambio de beneficios presentes. No queremos el desarrollo económico al precio de la destrucción del medio ambiente. Es irresponsable e inaceptable éticamente.

He hablado antes de sentido común, algo que sirve para explicar cuestiones que parecen muy complejas. Ha sido la falta de sentido común, durante diez años, lo que nos ha llevado a la situación presente: el haber estado gobernados por gentes que piensan que países y personas pueden gastar lo que no se ha ganado, sin ir a la quiebra y que, de buena o de mala fe, han creído que los puestos de trabajo se pueden crear por decreto, como quien saca conejos de una chistera.

Hemos tenido gobernantes que han fomentado la ilusión de que hay alguna otra forma de crear riqueza que no sea con esfuerzo y procurando hacer de verdad cosas útiles, mas baratas y mejores que la competencia. No podemos

seguir en manos de un partido que ha pensado que se puede tener economía libre de mercado sin creer, de verdad, ni en la libertad ni en el mercado.

Porque no podemos olvidar que el objetivo primero, esencial, de toda política económica es la creación de empleo. Ahí ha estado el gran fracaso de la política económica del Partido Socialista. Tras sus diez años de gestión, con la población activa mas reducida de la Comunidad Europea, la tasa de paro ha vuelto a superar la escalofriante cifra del 18 %. El partido que iba a crear no se sabe cuántos miles de puestos de trabajo nos ha devuelto, con intereses, todos los parados que se encontró: un millón más.

Un futuro mejor para España requiere el esfuerzo de todos, para sustituir paro por empleo, desilusión por oportunidades y especulación por crecimiento.

La generación de empleo tiene mucho que ver con la formación permanente, con la utilización del seguro de paro como instrumento de formación profesional, con la existencia de contratos de aprendizaje que permitan la incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo.

Todo ello en el marco de una política social que garantice a todos los españoles la cobertura de sus necesidades esenciales. La vivienda, la sanidad, la atención a la tercera edad, todas las exigencias de una vida digna para nuestros compatriotas, será objeto de esta política alentadora que proponemos a los españoles.

Para el Partido Popular, la necesidad de corregir los desequilibrios de nuestra economía, y muy especialmente el déficit público, no es una cuestión de alquimia para mágicas convergencias. Cuando el Estado gasta más de lo que ingresa y se endeuda, no sólo está hipotecando el futuro de España, sino que hace que el ahorro de los españoles se destine a tapan el agujero del sector público, en lugar de a proporcionar los fondos necesarios para la inversión que crea empleo y riqueza.

Devolver recursos a los españoles y liberar fondos para la inversión, requiere reducir los impuestos. Que nadie espere de nosotros, sin embargo, promesas fáciles en este campo. El nuestro es un compromiso riguroso, también en el área

presupuestaria. Por eso hoy nos podemos comprometer a que el Partido Popular en el Gobierno invertirá la tendencia de una presión fiscal que no ha hecho más que crecer, hasta límites insostenibles, durante esta década. De forma inmediata, se congelará la presión fiscal, y se irá reduciendo progresivamente, a medida que el déficit público se vaya controlando.

Elaboraremos, además, un marco legislativo y unos modos de gestión tributaria que hará a nuestro sistema fiscal más justo, más sencillo para los que pagan, y más eficaz contra los que defraudan.

El Estado debe reducir su dimensión para concentrarse en las tareas que le son propias. Con las privatizaciones de las empresas públicas que proponemos, estamos convencidos que determinados servicios y prestaciones mejorarán en calidad y rendimiento. Pero, además, el Estado, reducido en tamaño, podrá recobrar mayor eficacia, será susceptible de un mejor control y la sociedad será más libre.

Tenemos confianza en la sociedad española, y eso para nosotros significa adoptar una política económica que no sustituya el viejo "que inventen ellos" por el tecnocrático "que inviertan ellos". No se trata de cerrarnos a las inversiones extranjeras, lo que además de imposible es indeseable, se trata de no penalizar fiscal, política y psicológicamente las españolas.

Nuestro programa económico busca devolver a la sociedad los recursos que nunca debió perder. Porque sólo desde la libertad económica se garantiza el desarrollo de las naciones. Por eso nos comprometemos públicamente con tres medidas de gobierno: no incrementar la presión fiscal, reducir el déficit público e iniciar un proceso privatizador del sector público empresarial.

Una economía próspera es condición para el logro del bienestar de los españoles. Pero no podemos medirlo todo con parámetros económicos. Por eso hemos aprobado en este congreso un ambicioso programa de medidas sociales, que mejore la calidad de vida de los ciudadanos, cuyas demandas y necesidades no son las mismas que hace un siglo o hace un decenio. No podemos seguir aplicando

recetas, fórmulas y modos de gestión que se han demostrado caros e ineficientes.

El sistema sanitario puede y debe ser mejorado. Hay que dar pasos adelante en la humanización de la relación médico-enfermo y en el funcionamiento de los hospitales. Tenemos que dar máxima confianza a los profesionales de la sanidad, porque son unos profesionales competentes y la reforma sanitaria se tiene que hacer junto con ellos, nunca contra ellos. Habrá que administrar con rigor los recursos que la comunidad nacional dedica a la salud, incorporar métodos de gestión eficaces y aplicar todos los avances tecnológicos en beneficio de la salud de los españoles, que hoy se enfrentan a angustias desconocidas, como el SIDA.

El sistema de seguridad social es un contrato basado en la solidaridad entre generaciones. Tenemos que asegurar su financiación para que las prestaciones estén garantizadas sin riesgos. Sabemos que la España de hoy se debe al esfuerzo y trabajo de nuestros mayores. Ellos se merecen unas pensiones dignas, que en ningún caso pueden ser disminuidas o cercenadas por la inflación.

La experiencia nos demuestra que el Estado no es capaz de hacerlo todo. Por ello ha llegado la hora de poner en marcha y potenciar nuevas iniciativas originadas en la propia sociedad. Ha llegado la hora de una más sincera colaboración entre poderes públicos y entidades sociales, que satisfagan mejor las libres preferencias de los ciudadanos.

En el campo educativo, nos enfrentamos a dos retos fundamentales: el de la libertad y el de la calidad. Potenciaremos al máximo la libertad de enseñanza, confiando en la responsabilidad de los grupos sociales que participan en la tarea educativa. Suprimiremos los obstáculos existentes, producto de una caduca concepción dirigista de la enseñanza.

Vencer el desafío de la calidad de la enseñanza es esencial para la modernización de nuestra sociedad. Hay que reconocer, por desgracia, el malestar de nuestro sistema educativo y de nuestra universidad. Nos preocupa seriamente la orientación de la última reforma elaborada por el Gobierno socialista, que no está a la altura de lo que nuestra sociedad demanda. Porque, como no me cansaré de repetir, el futuro

que queremos va a depender de la preparación técnica, humanística y profesional de nuestros jóvenes. No podemos permitirnos desperdiciar ni a uno solo de nuestros hombres o nuestras mujeres.

Al hablar en España de un proyecto nacional, tenemos que hacer referencia a nuestra cultura. La cultura española, que es más que la suma de diecisiete culturas regionales, es nuestra principal seña de identidad como nación y uno de nuestros activos más importantes en un mundo en el que más de trescientos millones de personas habla la lengua de Nebrija.

Si bien el protagonismo de la cultura corresponde a la sociedad, a los artistas y a los creadores, el Estado no puede abdicar de su responsabilidad de fomento y estímulo. Leyes como la del mecenazgo y las fundaciones no se pueden enfocar con ánimo cicatero y de control, sino con generosidad y confianza, como un estímulo más a todas las posibilidades de desarrollo que tiene una sociedad sana y creadora.

No puedo terminar sin hablar de un problema ligado a nuestro pasado, pero que queremos que sea simple historia en nuestro futuro: el terrorismo. Con el recuerdo dolorido para sus víctimas, quiero lanzar desde aquí el mensaje de esperanza y de apoyo que necesitan cuantos lo combaten. Nosotros no cerramos las puertas a una posible pacificación definitiva. Pero tenemos que hacerlo con rigor en el tratamiento del problema y con la confianza absoluta en que solo conjuntamente, en alianza y coordinación con cuantos desean la erradicación de esta lacra, será posible superar finalmente esta tragedia.

Queridos amigos: la tarea del próximo Gobierno será enorme. Cuanto antes nos llegue, mejor. Cuanto más respaldo tenga, más fácil será. Llevará tiempo reducir el déficit público, recuperar los beneficios y los estímulos y lograr la rentabilidad de las inversiones que se tenían que haber hecho; pero cuanto antes se empiece, será mejor para los españoles que hoy no tienen trabajo, para aquéllos a los que no llega el sueldo o la pensión y para España en su conjunto.

Porque la España de verdad no es el cómic de los socialistas. Durante algún tiempo, su tarea de gobierno ha podido parecer a algunos más de lo que era en realidad. La manipulación de los medios públicos de comunicación ha sido un factor decisivo en esta impresión, pero no el único, en un mundo en el que el socialismo llegó a estar de moda. Hoy el socialismo no es sino uno de los grandes fiascos del siglo XX y sus representantes, en España, como en la vecina Francia, presentan síntomas de cansancio propios de la desilusión y el fracaso. En España ya no pueden transmitir confianza quienes no la tienen ni en ellos mismos, ni en sus ideas, ni en su país.

Cuando González se plantea como una “cuestión personal” el renovar la mayoría absoluta porque España no puede permitirse un Gobierno débil, hay que recordarle que España tiene ahora un Gobierno débil con mayoría absoluta. Débil por su carencia de ideas, débil por la división entre el partido y el Gobierno, débil por haber perdido la iniciativa, débil por la corrupción, que es como una enfermedad que no se quiere combatir. Un Gobierno débil, frágil y agotado que hay que sustituir.

El Gobierno que necesita España no gira exclusivamente en torno a una mayoría numérica, sino en torno a un proyecto político. Un proyecto y un Gobierno capaz de atraer el apoyo de los españoles e ilusionarlos como protagonistas de la necesaria recuperación política, económica y moral. Un Gobierno dispuesto a ejercer un liderazgo integrador, un Gobierno del Partido Popular para todos los españoles.

Y al pensar en las mujeres y los hombres del Partido Popular, quiero expresar mi gratitud más sentida por vuestro esfuerzo de estos años que conozco bien y por vuestros ánimos renovados que percibo cada día. Este es un congreso del Partido Popular, y a los militantes de mi partido, que es la fuerza política en la que recae la responsabilidad de ser la alternativa del Gobierno de la nación, tengo que dirigir, no sin emoción, mis sentimientos, insisto, de gratitud y de confianza. Vosotros habéis hecho este partido y a vosotros

os corresponde la parte fundamental del éxito que ya vislumbramos.

Pero este congreso no es sólo del Partido Popular. Estos tres días hemos estado hablando del futuro de España, que es el futuro de todos nuestros compatriotas. Los agricultores, los pescadores y los mineros, los estudiantes y los pensionistas, las amas de casa; los que buscan un empleo y los que trabajan fuera de España; todos los hombres y mujeres de nuestro país deben saber que aquí hay un partido que asume plenamente sus responsabilidades y está dispuesto a construir con ellos una España mejor.

Amigas y amigos, en España ha llegado uno de esos momentos en que las naciones tienen que elegir.

Nosotros queremos ganar algo más que las elecciones, queremos ganar el futuro y la confianza recobrada de los españoles. Estoy seguro de que con vosotros, con vuestro entusiasmo y vuestra entrega, lo vamos a conseguir.

Los españoles deben estar seguros de que el Partido Popular gobernará España al servicio de los intereses nacionales. Un Gobierno del Partido Popular, el próximo Gobierno de España, no será un Gobierno excluyente, sino integrador, no será un Gobierno partidista, sino nacional, no venimos con ánimo de revancha, sino con la más firme decisión de sacar a España adelante.

Abramos el camino a un Gobierno de esperanza, sin sectarismo, para todos. Un Gobierno que devuelva la ilusión a los españoles. Un Gobierno para hacer cosas, para mirar adelante.

Prefiero abrir las ventanas a levantar las alfombras, las cuentas claras a las auditorías de infarto, el aire puro al ventilador. Prefiero decir la verdad a la ambigüedad calculada y servir a los demás que morir de éxito.

Los que hoy estamos aquí, y los millones de españoles que siguen con atención lo que aquí estamos haciendo, proclamamos nuestra confianza en nuestro partido y en el futuro de España, que es lo que hemos tenido presente a lo largo de este congreso, que en estos momentos queda clausurado.

•

